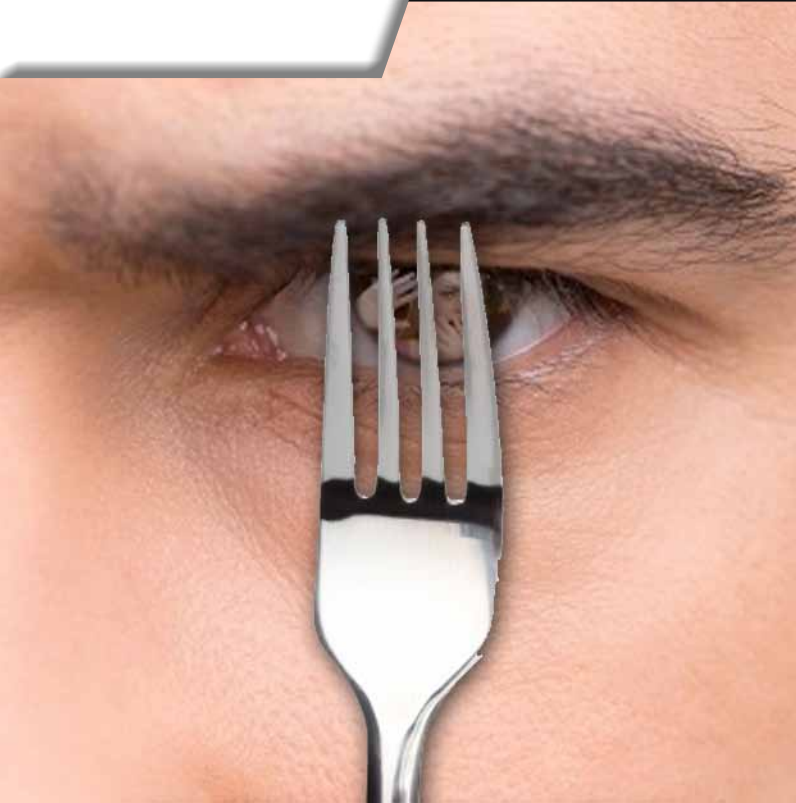


Naked taco



¿Qué es *naked lunch*, coño?, preguntó Burroughs. *Es el instante helado en el que todos ven lo que hay en la punta de sus tenedores*, contestó Kerouac.

Cuando un niño pequeño se acerca a alguna cosa, la observa indefinidamente y vaga en ella sin prejuicios, no está sorprendido, está en un instante helado. Un niño pequeño se hiela más que otro mayor, y mucho más que un adulto, todo por la tibieza gradual a la que nos sometemos por aprender a ser sociales, para no enloquecer ni enloquecer a los demás.

Pasamos por alto los instantes helados a fuerza de entibiarlos con la costumbre. Creo que de otra forma, viviendo conscientes de ellos, estaríamos muertos. La lógica se opone a ellos; los descarta de entrada como herejías de la razón.

Es tan grande el esfuerzo de tibieza social, que desde siempre reprobamos al que “se fija de más en lo que los demás no se fijan”, lo tildamos de loco, idiota o adicto, porque nos han enseñado a evitar lo que parece menos ordinario o científico.

Helarse no es asunto sobrenatural sino supernatural; es como enchufarse un cable de realidad directamente en las fallas de la razón. Así, pensar sólo física, natural y desnudamente en la cosa que está en el tenedor, es un pensar físico-natural y desnudo que no encuentra respuestas fáciles y te deja helado. “¿Qué chingados estoy haciendo con esto?”

Helarse no es sorprenderse, helarse es sumirse en la esencia de las cosas y dejar que la ausencia de respuestas guíe

erráticamente los pensamientos. Es el vacío racional que se genera cuando liberamos la abundancia sensorial. Un instante helado se puede experimentar si la persona desvanece las capas de razón y deja el pensamiento encuerado frente a la cosa que se ve, se huele o se siente.

Nos hemos hecho huéspedes racionales, artificiales, de un mundo que en realidad es demasiado brutal para nuestros delicados espíritus. El origen de la ciencia no es la curiosidad ni la ambición, es el miedo a ese mundo.

Por ejemplo, fijarse bien en alguien comiendo tacos es para entender por qué puede existir esa visión en la naturaleza, por qué se pueden ver los hilachos de baba cuando abre la boca y por qué se le deforma la cara al masticar. Es algo difícil de conjurar, pero la tibieza nos lleva a no pensarlo mucho y olvidarlo. Soy asiduo de la comedera de tacos; a veces reniego, pero termino arrepintiéndome. Aún así, no puedo dejar de pensar en su poder para helarte. La comedera de tacos es un cáliz de instantes helados; basta entrar en comunión con el evento y experimentar el *naked* taco en su camino a la boca y atisbar lo mismo en otros. Para helarse.

Desde el punto de vista de la idolatría al taco, todo esto son injurias. Pero, puesto en la visión *naked*, te hielas con las bocas chimuelas que se atarragan de tortillas con carne y hacen buches de Coca-Cola.

La comedera de tacos es sólo un pretexto para evidenciar cuán ortopédica es nuestra relación con casi todo, tan razonada, tan miedosa.

El problema de vivir helándose es que no tiene utilidades probadas para nuestro ser racional y eso significa un golpe mortal, un argumento dominante que evita la proliferación del hielo en nuestras mentes. Hablar de esto es un lujo de la locura, algo que importa poco porque no funciona para nada y parece idiota.

Llevar a la realidad la conducta de helarse de vez en cuando no ocurre fácilmente y es para casi todos indeseable. Helarnos con cierta frecuencia nos haría disfuncionales y dementes ante nuestros ojos.

XAVIER GUTIÉRREZ

Primero lo obvio, niño y chavo; luego estudió administración pública en la UNAM sin saber realmente la razón; luego trabajó una década en el Gobierno Federal y luego lleva más o menos la misma cantidad de tiempo haciendo investigación de mercados... En fin, que, por oficio, es creyente de que la gente tiene algo que decir, pensar, sentir o hacer, algo que preguntarse.

